

Adorar

con Santa Rafaela María

Guiones para el estudio y la oración,
basados en los *Apuntes Espirituales*
y en las *Cartas*

Pregón con motivo de la colocación de la estatua

Porque miró el mundo
con los ojos de su corazón limpio,
y encontró siempre a Dios;
porque adoró fielmente su Presencia
en la Eucaristía y en todas las cosas,
y especialmente en el hombre,
imagen divina,
ahora el mundo ve en ella
una imagen preciosa del Corazón de Dios.

Porque fue menospreciada
a pesar de su justicia,
y supo perdonar de corazón,
amando hasta el extremo a todos
-incluso a los que no la comprendían-
Rafaela María es hoy
importante en el Reino de los cielos
y amada en la tierra de los hombres.

Porque, con la fuerza de su sonrisa
y la constancia de su entrega,
supo abrir caminos y soñar horizontes...
Porque confió siempre,
porque creyó a ciegas en el amor
-el Amor, que es más fuerte que la muerte-
Rafaela María es levantada hoy
como una señal de esperanza.

En la Iglesia a la que amó apasionadamente,
por el Vicario de Cristo,
a quien siempre veneró en su vida,
fue proclamada SANTA
el día 23 de enero de 1977.

Hoy contemplamos su imagen,
levantada como un símbolo,
en el centro de la cristiandad.
Desde su modesta atalaya,
Rafaela María sigue mirando con amor
a los hijos de Dios
convocados de todo el mundo.
Dejamos resonar en nosotros sus palabras
que nos hablan de fronteras rotas,
de corazón abierto,
de fraternidad universal:
“¡Cuántos hijos tiene Dios!
viendo mundo se aviva el celo”

Nosotros, al recordarla hoy,
nos unimos en la alabanza, la adoración
y la Acción de Gracias -EUCARISTÍA-
que fue la razón de su vida,
y hacemos nuestros
los sentimientos de su corazón,
apasionado por la salvación
de todos los hombres.

Oramos con Santa Rafaela María

Vengo a tu Presencia, Señor de mi vida.
Te adoro.
Te contemplo y me quedo aguardando.
Como a tantas personas en el Evangelio,
me preguntas: “¿Qué quieres que haga contigo?”
En silencio, te expongo mi vida:
mis proyectos, mis preocupaciones,
las personas con las que me relaciono,
...aquellas que más quiero...
También los alejados,
los que, en mi limitación, no comprendo o desconozco.

Tú me miras, Señor.
Tus ojos bendicen todo mi ser,
mi entorno vital,
los entresijos escondidos de mi persona,
que ni yo mismo conozco enteramente.

Tu mirada acaricia mi vida.
Me sana, me llena de luz...
Tu Presencia transforma, conforta, vivifica.

Te miro, Señor, y te adoro.
Me miras, Señor, y me amas.

Textos referentes a este tema

Apuntes Espirituales

Números 5, 10, 21, 34

Cartas

Número 98

Textos bíblicos

Jn 12, 44-46; Ef 1, 15-21

El día 23 de enero de 1977, después de la canonización de Rafaela María, Pablo VI se asomó a la ventana para rezar el *Ángelus* con todos los fieles congregados en la Plaza de San Pedro. Parecía verdaderamente impresionado por la calidad humana y espiritual de la mujer que acababa de declarar santa. Dijo unas palabras preciosas:

“Una santa muy humilde, dulce, fina, silenciosa, pero llena de riqueza espiritual y de ejemplaridad edificante... Nos parece escuchar su voz, que nos invita a seguir, de una forma apta para nosotros, su camino de santidad... “Venid”, parece decirnos con su voz dulce y persuasiva... “Venid, probad, se pasa por estos senderos: primero, el de la oración absorta en una adoración silenciosa... Como Él mismo ha dicho, Cristo se revela a los pequeños, a los humildes, a los sencillos, a los puros corazón, a los discípulos que creen, esperan y aman... Entonces escucharéis el mandato de Jesús: andad y servid a los hermanos...”

Han pasado treinta y dos años -el número es bastante simbólico en la vida de nuestra Fundadora- y Rafaela María, como el Papa Pablo VI, se asoma a la Plaza y nos dice de nuevo: “Venid, probad...” Tal vez quiere animarnos a renovar nuestra experiencia eucarística redescubriendo la profundidad del sentido apostólico y de plenitud vital que para ella tenía.

Tendríamos que releer de nuevo los *Apuntes Espirituales* y las *Cartas*. Deberíamos hacerlo a la luz de las circunstancias en que fueron escritos, poniendo en conexión espiritualidad e historia viva.

Las anotaciones que van a continuación pueden ser sencillas pistas para una reflexión y una búsqueda personal; servirían de poco utilizadas como una lectura pasiva.

Podrían ser también material para una relectura comunitaria de la vida de Rafaela María.

Después de los textos fundamentales y de su referencia histórica, se añaden citas de *Apuntes Espirituales* y *Cartas* para facilitar el estudio personal y comunitario. Asimismo se señalan textos bíblicos para la oración.

religiosas de los primeros tiempos le decía que la veía más contemplativa que otra cosa; y en verdad esta afirmación y el consejo que parecía encerrar podía aplicársele a ella misma. “Fija en una palabra, y satisfecha el alma”... (*Apuntes Espirituales*, 5, 1887) “...Embobada mirando el rostro de Dios...” (*Apuntes Espirituales*, 10, 1890). La oración, la Misa o la adoración, las llenaban, mucho más que las palabras o los razonamientos, una presencia iluminadora: “Sentí a Jesús en mi alma, y estuve todo el tiempo de ella iluminada...” (*Apuntes Espirituales*, 10). En 1891, en un año complicado, en el que difícilmente las circunstancias ayudaban a la contemplación, ella habla de “una luz contemplativa” que no deja de alumbrarla con suavidad, y que le enseña más que todas las reflexiones (*Apuntes Espirituales*, 13). El testimonio de una religiosa es expresivo: “No recuerdo haberla visto jamás con un libro en la Misa o en las adoraciones; su oración era sólo abrir el corazón” (*Sumario de la Causa de beatificación y canonización*) . “En aquellos tiempos en que yo la traté, siempre estaba delante del Santísimo con la vista fija en la Sagrada Hostia”, testificaba otra religiosa en el Proceso (*M. Transfiguración Valdelomar*).

No se trataba de un silencio estéril. No era una pasividad cercana al sueño. La mirada del corazón, iluminada por aquella luz contemplativa, la conducía siempre hasta la entrega absoluta y confiada: “Yo no puedo más que dejarme en las manos de Dios Padre, y decir a todo: cúmplase tu voluntad en mí” (*Apuntes Espirituales*, 16, 1892).

“Yo lo miro y Él me mira”: no había hecho falta llegar a la ancianidad para pensar que este cruce de miradas era verdaderamente importante. En el caso de Rafaela María esas brevísimas palabras eran el resumen de una vida de oración. Con ellas expresó en sus últimos años una experiencia de amor muy honda, que venía disfrutando desde su juventud y que ahora, como siempre, la inundaba de una paz sin límites.

En el coro alto de la iglesia de XX Settembre hay dos lugares “sagrados”: los que Rafaela María ocupaba para la adoración cuando ya no podía llegar hasta la iglesia. Tenía ella los pasos contados desde su habitación hasta los lugares de la cita: el mejor quedaba muy cerca del altar, pero lejos de su cuarto. Mientras pudo, éste fue el preferido. Todos los días, con bastante esfuerzo, llegaba despacito apoyada en su bastón. Las que la veían, a veces se admiraban, a veces la reprendían: “Pero Madre Sagrado Corazón, ¿a qué viene esta larga caminata? ¿no podría quedarse un poco más cerca de su cuarto?” Para Rafaela María la respuesta era obvia: “Es que desde aquí veo mejor al Señor”. Pero ella misma, al fin, tuvo que aceptar la evidencia: era preciso reducir el paseo. Pasaron días, semanas, meses... La enfermedad se impuso y la dejó postrada en cama. La llevaron entonces a una habitación de la enfermería, justo en frente de la capilla. De nuevo, una pregunta –seguramente la Hermana enfermera– “Madre Sagrado Corazón ¿quiere que abra las dos puertas para que vea el sagrario y pueda hacer la adoración?” “ La enferma se detuvo un momento –tal vez estaba oyendo el latido del corazón– y dijo: “Gracias, Hermana; por mí no se moleste, no hace falta. Él está aquí conmigo.” Sabía que, ahora como siempre en su vida, ella había estado habitada por una maravillosa Presencia.

Como ocurre con frecuencia en cualquier enfermería, las Esclavas de XX Settembre se atrevían a interrogar cariñosamente a las ancianas como si éstas fueran niñas: “Madre Sagrado Corazón ¿qué le dice al Señor en esos ratos tan largos que pasa en el coro?” Esta vez la enferma manifestó algo así como asombro: “¿Decir? No digo nada. Él me mira y yo lo miro.” Sobraban las palabras.

En realidad, en la oración de Rafaela María siempre había dominado el silencio, la acogida callada. “Mi camino no es de rezar mucho, sino de orar mucho”, había escrito en cierta ocasión (*Apuntes Espirituales*, 34, 1904). A una de las

Adorar

es sentir que Dios es muy grande
y nosotros muy pequeños,
pero inmensamente amados
por Él;
es sentir el gozo
de estar en las manos de Dios:
el absolutamente OTRO,
el incomprensiblemente cercano.

Rafaela María buscó y encontró a Dios en todas las cosas: en la naturaleza, en las personas, en la alegría, en el dolor... Toda su existencia fue una continua adoración al Señor de la vida, al Señor de *su* vida. Lo adoró de una forma especial en la Eucaristía. En sus largas horas ante el Santísimo, su mirada se hizo más y más transparente, más y más capacitada para percibir la Presencia envolvente y amorosa de Dios.

En 1890, estando en oración ante el Santísimo, Rafaela María contemplaba como en un “flash” la película de su existencia. Recordamos las circunstancias de esta experiencia: era el día sexto de unos Ejercicios Espirituales que hacía ella en solitario, sin especial ayuda de su director espiritual. La comunidad de Madrid, en que se encontraba, seguía la vida ordinaria; en su iglesia, como siempre, se tenía la Exposición y las religiosas se turnaban adorando al Señor. La ejercitante participaba seguramente desde el coro alto, o bien había entrado en el coro bajo para suplir a alguna religiosa. Se preparaba para hacer, según el método ignaciano, *examen de la oración* precedente. Como en muchas otras ocasiones, Dios le cambió el guión. Y como ya venía siendo habitual para ella, esto ocurrió de repente. Repetimos ahora palabras literales del relato de este episodio. Escribe Rafaela María que “veía a Dios muy grande” y a sí misma “pequeñísima”, pero feliz. Constató con admiración y agradecimiento la obra de Dios en su vida: estaba *adorando*. “Veía que Dios es lo que es, y yo soy lo que soy”. No había lugar para la timidez ni el encogimiento: aquella intuición extraordinaria “dilataba” todo su ser. “Viéndome pequeña, estoy en mi centro, porque veo que todo lo hace Dios en mí y en mis cosas, que es lo que yo quiero” (*Apuntes Espirituales, 10*).

(Por cierto, las circunstancias dentro del Instituto favorecían poco aquella sensación de plenitud: Rafaela María tenía en contra a casi todo su consejo y al Obispo de Madrid; sentía que la desconfianza hacia su persona había llegado

Adorar
es mirar al Señor,
sentirlo cercano, muy dentro.

Dejarme mirar.

Saber que me habita
una maravillosa Presencia.

*El mundo es un templo para mí
y toda mi vida alaba al Señor.*

Yo te alabo, Señor, y te doy gracias
por tu imagen divina
marcada como un sello en la frente
de todos tus hijos, de todos los hombres.
Te alabo y te doy gracias
por la alegría de los niños,
por las ilusiones de los jóvenes,
por el gozo de las familias unidas,
por la fe y la esperanza de aquellos
que te siguen descubriendo
a pesar de las contradicciones de la vida.

*El mundo es un templo para mí
y toda mi vida alaba al Señor.*

Te alabo y te doy gracias, Señor,
porque nos quieres como a las niñas de tus ojos,
por tu amor, que desborda todo entendimiento,
por la cercanía de tu Presencia en la Eucaristía
-mar sin fondo donde siempre podemos bucear-.
En el maravilloso templo de este mundo,
con la boca por tierra dando gracias,
te ofrezco, Señor, mi vida
en continua y gozosa alabanza.

incluso a alterar la comunicación con el P. Hidalgo...Pasaba por dificultades económicas, se encontraba de repente con enfermedades que se llevaban prematuramente a religiosas jóvenes y prometedoras... Pero indudablemente la seguridad del Dios inmenso volcado sobre ella -su pequeña criatura- le ayudó a soportar tantos sinsabores y la empujó a empresas como la fundaciones de Cádiz y Roma)

Esta experiencia de Dios se complementa con otras no menos profundas recogidas en los *Apuntes Espirituales*. Veremos algunas de ellas.

Por temperamento, pero más aún por gracia, Rafaela María fue una persona eminentemente contemplativa; una persona que, con facilidad, traspasaba la superficie y llegaba al corazón de las cosas. El asombro ante la maravilla de la naturaleza se refleja en muchas de sus expresiones. Tenemos constancia de su gozo al contemplar diversos espacios: el mar, la noche estrellada, los colores cambiantes del paisaje, la nieve, las nubes que corren y que, a intervalos, cubren o descubren el sol...

Y siempre la mirada del corazón, que va más allá de las apariencias y percibe a Aquél que, "mil gracias derramando, pasó por estos sotos con presura..." Rafaela María está siempre adorando a su Señor. Fue el mar --un espacio infinito para la limitada visión de nuestros ojos- el que le brindó alguno de los mejores momentos de comprensión profunda del amor de Dios: "¡Qué omnipotencia la de nuestro Dios! ¡Qué dicha tener un Dios tan grande! Y a ese Dios tan inmenso lo hemos de poseer en su lleno por toda la eternidad, y ahora lo poseemos en el Santísimo Sacramento y viene todos los días a nuestro corazón. ¡Esto sí que es un mar sin fondo!" (*Carta a la M. M^a de la Paz, 1890*).

Rafaela María sintió hasta el estremecimiento la inmensidad de Dios. Lo adoró como criatura, y como "criatura pequeña" admiró la cercanía de ese "Dios inmenso" que llega

hasta los hombres y permanece en la Eucaristía. No hubo en su larga vida horas suficientes para la adoración, para el amor humilde y agradecido. Hacía falta toda la eternidad -el tiempo sin fronteras de Dios- para bucear en el “mar sin fondo” de su amor.

Referencias a este tema en otros escritos

Apuntes Espirituales

Número 10 (Ejercicios Espirituales de 1890)

Número 13 (Comunicaciones espirituales al P. Hidalgo, a propósito de los Ejercicios Espirituales de 1891)

Cartas

Números 64, 70, 268, 276, 304.

Textos bíblicos

Mt 18, 1-5

Hch 17, 24-28;

Ef 1, 3-11, 15-22; 2, 4-10

sus “adoraciones”, momentos privilegiados, de gratitud absoluta, “para expresar la acción de gracias de toda la vida” (*Constituciones*, 5). El espacio y el tiempo de Dios tuvieron cabida en el “pequeño tiempo”, en el limitado espacio de los hombres.

Textos referentes a este tema

Números 36, 43

Textos bíblicos

Sal 8, 84, 99, 103;

Jn 8, 25-32;

Col 1, 9-18

Oramos con Santa Rafaela María

**El mundo es un templo para mí
y toda mi vida alaba al Señor.**

Yo te alabo, Señor, y te doy gracias
por las maravillas de la naturaleza:
Por la amplitud y la profundidad del mar,
imagen de la profundidad insondable de tu amor.
Por las estrellas, que encantan a los ojos
en las noches oscuras.
Por el sol y las nubes,
presagios de la lluvia y de la nieve,
que repartes sin discriminación sobre buenos y malos.

en un gran templo, y yo, como sacerdote de él, debo ofrecer continuo sacrificio y continua alabanza". Lo había vislumbrado años atrás, pero ahora experimentaba de una forma extraordinaria que siempre es tiempo de Eucaristía, porque es tiempo de ofrecer la vida, de crear lazos de comunión, de servir, de adorar ...

La gran luz proyectada sobre su vida no la alejaría de la realidad, sino que le haría mirarla de una forma nueva. La acogida de la voluntad del Dios que libera de toda esclavitud le iba a conquistar definitivamente la independencia santa de los hijos. Las demás cosas que a veces tanto la turbaban iban a quedar muy por debajo.

Muy pronto iba a vivir todo esto en una ocasión única. Pocos meses después de los Ejercicios se reunirían en Roma las que, por derecho, participarían en la Congregación General (entre las que se contaba ella misma, pero no la M. Pilar). Como era previsible, y de acuerdo con las circunstancias en que se había preparado la asamblea, la M. Purísima fue elegida General del Instituto. En las reuniones de aquellos días Rafaela María demostró que es posible aunar humildad y libertad; para ella, en verdad, eran inseparables. "Jamás esclavizada a ninguna criatura que se interponga a esta independencia santa de los verdaderos hijos de Dios", había escrito en septiembre. Con verdadera libertad se expresó ante todas las congregadas al exponer sus puntos de vista y al negarse a corroborar con su voto la elección de la M. Purísima como General "ad vitam". Con verdadera humildad, incluso mostrando alegría, aceptó otras decisiones que no admitían vuelta atrás.

"Estoy en este mundo como en un gran templo": es como si definitivamente entrara en el amplio espacio, en el tiempo de Dios. Esta especie de "cosmovisión" de la vida espiritual enriqueció sin duda su cita diaria con el Señor en la adoración. Por nada hubiera renunciado Rafaela María a

Oramos con Santa Rafaela María

Vengo ante Ti, mi Señor.

Tú, el Dios inmenso. Yo, tu pequeña criatura.
Tú no eres como los señores de la tierra,
que atemorizan con su grandeza
a los pequeños y a los pobres.

Vengo para hacerme presente a tu Presencia,
y siento que se dilatan los senos de mi alma,
inundados por la anchura de tu amor.
Tú, el Dios inmenso. Yo, tu pequeña criatura.

Ante Ti, mi persona minúscula
se siente en el centro del universo
y en comunión con todas tus criaturas.
Con asombro, contemplo tus desvelos,
el continuo cuidado de tu providencia conmigo.
Al recuerdo de tus misericordias,
el corazón se ensancha y se ilumina el alma.

Derrochas tu cariño en favor de los humildes.
Te gusta valerte de "quien no es"
-el que siente su pequeñez sin encogimiento,
con el corazón dilatado por el gozo-
y "sujetas al que es"...
Porque sólo Tú eres autor de maravillas.

Vengo ante Ti, mi Señor.

Tú, el Dios inmenso. Yo, tu pequeña criatura.

Fue sólo el comienzo. Lo mejor vino en la segunda meditación:

“Debo vivir en este mundo pendiente de la sola voluntad de Dios, y jamás esclavizada a ninguna criatura que se interponga a esta independencia santa de los verdaderos hijos de Dios... Debo tener en todas mis acciones presente que estoy en este mundo como en un gran templo, y que yo, como sacerdote de él, debo ofrecerle continuo sacrificio en lo que me contrarían las criaturas, sean cuales sean, y continua alabanza en las que me satisfagan, y siempre todo a mayor gloria de Dios, que es el fin para que nos ha puesto en este mundo.”
(Apuntes Espirituales, 36)

Estaba en el primer día de Ejercicios en el cual, según San Ignacio, debe hacerse consideración sobre el “Principio y Fundamento”, es decir sobre el sentido de la vida humana. Rafaela María, invadida por la luz de Dios, llegó mucho más allá de lo que podría haberlo hecho con las solas fuerzas de su razón. Con claridad meridiana, contempló su vida cotidiana, su sencilla vida diaria, convertida en un culto de alabanza.

Sin duda fueron los Ejercicios de la libertad. Pero la lectura atenta de los apuntes de estos días nos previene acerca del peligro de trivializar el especial sentido de liberación que experimenta Rafaela María. La libertad fue en ella algo hondo, comprensivo y unificador, y le permitió interpretar todos los sucesos “como medios” en orden al fin superior de la gloria de Dios. En ese día de septiembre de 1905, comprendía como nunca que en la vida todo puede tener una maravillosa simplicidad, todo puede ser ocasión de acción de gracias, de “eucaristía”: los episodios alegres y también los trances amargos para los cuales se necesitan grandes dosis de fe y esperanza. “Estoy en este mundo como

En los Ejercicios de septiembre de 1905, Rafaela María tuvo una de sus mayores experiencias espirituales; por lo menos, una de las más recordadas por las Esclavas. El punto de partida, como en otras ocasiones, era la desolación más absoluta; las circunstancias no favorecían nada mejor.

Estaba acabando el gobierno de la M. Purísima como Vicaria del Instituto, un trienio lleno de irregularidades que hubiera podido terminarse con la celebración de la Congregación General III. No daba la impresión de que fuera a ocurrir eso; más bien parecía que el cambio era casi imposible: se iba a consumir la marginación irreversible de las Fundadoras.

A pesar de todo, con toda la generosidad de que era capaz, el 20 de septiembre entraba Rafaela María en Ejercicios. “No creo que vaya a sacar ningún fruto ni fuerzas, y yo preveo me pide nuestro Señor sacrificios muy grandes.” Pasó la primera hora de oración. Pasó la Misa. Ni siquiera en el momento de la comunión experimentó el gozo de otras veces, ella, que decía que nunca había llegado a acostumbrarse a la maravilla de este encuentro. Hoy, nada, “sin luces de consuelo”. Pero como tantas otras veces, Dios la iba sorprender cuando menos lo esperaba: en una ocupación profana, hasta prosaica: “Arreglando el aposento, se disipó la nube”. Al abrir la ventana de su habitación, la luz del pleno día penetró hasta los rincones, y el sol se dejó ver desplazando una nube. Rafaela María experimentó en ese momento la presencia de Dios: “Él está conmigo”. La seguridad de esa presencia la remitió a otros momentos importantes de años atrás. “Él está conmigo”, repitió sin palabras todo su ser: “Sentí en mi alma gran fortaleza para no negarme en nada, y confianza extraordinaria de que nuestro Señor está conmigo y en su día me sacará de tanta tribulación como me rodea.” Comprendió que llegaría un día feliz en que se acabarían sus tribulaciones y el dolor quedaría barrido para siempre.

Adorar

es alabar y dar gracias.

Es confiar,

es creer a ciegas

en el incomprensible amor

que Dios nos tiene.

Pocos años después del establecimiento del Instituto, Rafaela María había definido la esencia del mismo como “el amor verdadero a Jesús Sacramentado y el interés que al Divino Corazón devoraba de la salvación de las almas” (*Carta al Cardenal Benavides, 1881*). En 1884, al escribir una carta a la comunidad de Córdoba, exhortaba a las Hermanas a dar “todo, todo el corazón a Dios”. Desde el principio, la vida de las Esclavas había sido una experiencia entrañable, algo “devorador” y tierno al mismo tiempo; una cuestión de corazón. Por supuesto, la entrega personal de cada una de las religiosas se basaba en el convencimiento absoluto de que Dios es el primero siempre.

Para Rafaela María, esta afirmación era algo más que una verdad de fe. En 1887 había tenido una extraordinaria iluminación sobre la fuerza todopoderosa del amor divino, que ella vislumbró como un torrente en crecida que era capaz de arrastrar todas sus posibles imperfecciones. Como mejor supo, explicó su experiencia al P. Hidalgo, empleando unos términos imaginativos poco frecuentes en sus apuntes espirituales; mezclaba las metáforas —el amor ¿era agua o fuego?— pero resaltaba claramente lo esencial: en esta cuestión del amor lo importante es aceptar, abrir de par en par las puertas...; o quitar “los estorbos mayores” dejando a la fuerza del agua “llevarse tras sí los menores”. Rafaela María seguía explicando su experiencia al P. Hidalgo: “...y vino con una fuerza el amor, que todo lo arrasaba, y al llegar el término, que era el alma o el corazón, sólo por la fortaleza que le dio no la convirtió en pavesas” (*Apuntes Espirituales, 3*). Finalmente el torrente se había convertido en fuego, en una especie de volcán.

Según escribe Rafaela María en la conclusión del relato, dos días después aún se estremecía al revivir la experiencia, sobre todo cada vez que la rumiaba en la oración y en la adoración y siempre que podía tener un momento de recogimiento.

**Adorar
es vivir el gozo
de la verdadera libertad,
la ofrenda del ser
en el templo del universo.**

**Es entrar en el espacio
y el tiempo de Dios,
darle mi tiempo.**

Oramos con Santa Rafaela María

He contemplado, Señor, el mundo, obra tuya,
y a los hombres,
que llevan marcada en la frente tu propia imagen.
Y comienzo mi oración ante tu Presencia,
Presencia eucarística de Resucitado.

“Esto es mi Cuerpo”, dijiste en la última Cena,
para anunciar tu amor hasta la muerte.
“Esto es mi Cuerpo” dices ahora,
y me remites a tus imágenes humanas,
al conjunto de tus hijos,
marcados para siempre con un sello divino.
Aunque lo olvido muchas veces,
ellos también son tu Cuerpo.

Quiero adorarte, Señor.
Y quiero amarte en tus hijos
extendidos por el ancho mundo.
Voy a hablarte de ellos;
tal vez así llegue al convencimiento
de que son parte de Ti,
parte, también, de mí.

Pongo ante Ti, Señor, a mis hermanos:
Que los recuerde siempre con sus preocupaciones,
sus alegrías y dolores,
con sus avances y sus tropiezos.
Hazte presente a ellos, para que ellos se acerquen a Ti,
para que te contemplen
y se vean como imágenes tuyas.

Ensancha, Señor, mi corazón
para que quepan todos.
-en el tuyo hay anchura, profundidad, altura...-
Quiero que vengan conmigo hasta Ti.

Creer a ciegas en el incomprensible amor que Dios nos
tiene dio fuerzas a Rafaela María y a las primeras Esclavas
para recorrer las primeras etapas de la fundación: en un
principio, con el entusiasmo ingenuo de los comienzos;
después y siempre, con la constancia y la seguridad humilde
de la fe.

Las palabras de Rafaela María sobre el amor de Dios
son verdaderamente ardientes, y no es preciso insistir en que
fueron el tema absoluto de su diálogo con el Señor.

“El amor es fuerte como la muerte y duro como el
infierno...” Rafaela María cita el *Cantar de los Cantares* en un
escrito en que expresaba su determinación de seguir
respondiendo al amor a pesar de las dificultades que la
rodeaban. Era el año 1893. Ante ella se presentaba la
perspectiva de una vida oscura, difícil, alejada de todo lo que
hasta entonces había ocupado su interés y sus esfuerzos. “El
amor es fuerte como la muerte y duro como el infierno, y es
muy justo que sea así, pero la criatura es tan débil que se cree
impotente a la correspondencia. ¿Qué hará, pues, Señor mío
y Dios mío? Amar y más amar, el amor todo lo vence; pedir sin
cesar este amor”. El párrafo se inserta en un texto titulado
“Reforma de vida hecha en Ejercicios. 1893” En poco más de
un año de estancia en Roma –de junio de 1892 a noviembre
de 1893- Rafaela María había hecho la experiencia ignaciana
nada menos que tres veces. Renovaba en ese escrito la
opción perseverante de su vida: abrirse al amor de Dios,
responder al Amor con todo su amor.

Damos por supuesto que “pedir sin cesar el amor” fue
el guión preferente en su esquema de oración y en concreto
de su adoración eucarística, sobre todo en los años más
difíciles. La petición, en algunos escritos, tiene acentos
angustiosos (*Reforma de vida, Ejercicios 1893, punto 3º*). Pero la
súplica es generalmente confiada, y parte, como siempre, de una
base inmovible: la de sentirse especialísimamente amada por

Dios. “Me consta su grandísimo amor para conmigo, más que de madre tierna, y sus ansias porque siempre en Él me refugie fiándolo todo de su cura amorosa”.

Cuando pide con insistencia el amor, se refiere expresamente a un “amor humilde”: es el amor de la adoración, que suple con creces a cualquier culto exterior. Según Rafaela María, el “corazón ardiendo en amor humilde” vale más que muchas luces, más que cualquier esmero en el adorno de un altar.

Las dolorosas circunstancias que tuvo que vivir están siempre presentes en sus páginas: “Recibir todo lo que me envíe, por duro y amargo que sea, como pruebas de su amor para conmigo, y no atribuir las a ninguna otra causa. Esto es darle todo el corazón, como me lo pide, y la mayor prueba de amor que puedo darle y de absoluta confianza.” Aunque en sus apuntes resalta en muchos momentos la angustia de la lucha, tampoco falta la experiencia de la luz que, al mismo tiempo que deslumbra, sosiega y suaviza. “Enumerando las misericordias del Señor sobre mí, se me iluminó el alma”, escribe en una ocasión.

Y siempre la fe ciega en el amor: “Que Él me ame, aunque sea perdiendo la piel...” “El Señor me quiere como a las niñas de sus ojos... Él verá lo que hace de mí: yo en Él confío”.

La seguridad del amor de Dios, presente en toda su vida, es un gozo y una esperanza en los años finales. Es preciosa la carta que, en 1922, escribe Rafaela María a una compañera de la primera hora; pensando en la bienaventuranza, la imagina como una deliciosa conversación sobre el amor: “¡Cuánto charlaremos entonces del cúmulo de misericordias de Dios sobre nosotras, y nos estimularemos mutuamente a manifestar a nuestro Señor nuestra gratitud inmensa! Sigamos, hermana mía, sirviéndole con toda la

y sin apartar la vista de mí: de esto depende todo su bien>...”

(*Cartas, 395, 1893*)

“... Pidamos siempre muy de corazón por esta obra suya, que cada día sea más de su agrado, y por todos y cada uno de sus miembros, que son miembros nuestros, como que todos somos fruto del amor de su Sacratísimo Corazón; bendito sea.” (*Cartas, 683, 1922*)

Textos referentes al tema

Apuntes Espirituales

Números 6, 10, 14, 18, 25, 26, 28, 32, 36

Cartas

Números 80, 121, 267, 287, 661, 666

Textos bíblicos

Jn 17, 1-26; Rm 1, 8-12; Flp 1,3

sencillo”, sobre todo en las horas de adoración. Durante los años pasados en Roma, la comunicación con su familia es más frecuente: se preocupa por sus enfermedades, se alegra con los sobrinos y sus hijos que van renovando las generaciones; busca, principalmente, que todos se acerquen a Dios y vivan como verdaderos cristianos, pero se alegra con sus alegrías y los acompaña en sus dolores. Ellos llenan un capítulo importante de su oración de súplica.

En los procesos de beatificación y canonización encontramos testimonios de su constante intercesión; está el detalle, por ejemplo, de su preocupación por los soldados llamados a filas para la Gran Guerra. Sabemos también otro detalle conmovedor: en sus últimos años pedía por un joven sacerdote que celebraba a diario la Eucaristía en la iglesia de Vía Piave, y que luego resultó ser el que la había de llevar a los altares (Se trataba nada menos que del P. Ramón Bidagor, S.I.)

Por diversas razones, Rafaela María tuvo siempre presentes en su intercesión a todas las Esclavas: a las jóvenes, de las que decía que “sufren mucho por su inexperiencia”; a las “viejecitas”, compañeras de la primera hora; a las enfermas, para que no desfallecieran en su lucha... Y a las que habrían de venir; sin duda, nosotras mismas.

La preocupación por todas las Esclavas, los temores por posibles desviaciones, ocupan su corazón que busca paz y descanso en la cita con el Señor. Así lo explica ella en carta al P. Muruzábal:

“Con mucha aflicción, en la adoración, exponía yo a nuestro Señor ciertos temores respecto a la Congregación, y suma confianza como sabe darla a veces. Y se me mostró, para poderme dar a entender, amparándola bajo su manto. Veía a toda la Congregación colgada de sus ojos, y parecía decirme: <Éste es tu oficio, orar sin cesar

generosidad que podamos, que todo se lo merece, y pidámosle siempre muy de corazón por esta obra suya, que cada día sea más de su agrado, y por todos y cada uno de sus miembros, que son miembros nuestros, como que todas somos fruto del amor de su Sacratísimo Corazón; bendito sea.” (*Carta a la M. María de Jesús Gracia*)

Referencias a este tema en diversos escritos

Apuntes Espirituales

Números 3, 5 (pág. 1027),
6 (pág. 1031), 10 (pág. 1041), 3 (pág. 1118)
36 (pág. 1128), 43 (pág. 1142)

Cartas

Números 80, 121, 386, 406, 683

Textos bíblicos:

Jn 15; Rm 8, 18-39

Oramos con Santa Rafaela María

Vengo a tu Presencia, Señor,
en la absoluta seguridad de que me esperas,
sé que estás ahí para continuar conmigo
un diálogo, que nunca se interrumpe, de amistad.

Experimento la fuerza de tu amor para conmigo,
y temo no saber corresponderte.
¡Soy tan débil, Señor!
Tu misericordia es un torrente desbordado
que alcanza mi corazón hasta inundarlo.
Derriba en mí los obstáculos, grandes o pequeños,
que a veces, como un dique, puedo alzar ante Ti.
Cuando enumero tus misericordias
se me ilumina el alma.
Me asombra tu cariño –¿agua o fuego?–
Sólo él es capaz de hacerme limpio,
transparente a tus ojos, feliz...

Vengo a tu Presencia,
para gozar del torrente de tu amor.
Como la luz vacilante y pequeña de la cera,
quiero arder sencillamente en el amor humilde,
el único que, de verdad, te complace, Señor.

En la sinceridad de mi oración,
escucho tu palabra
disfrazada en las palabras que sugeriste a Rafaela María:
“Amar y más amar, el amor todo lo vence...
Pedir sin cesar este amor”
Día tras día quiero permanecer en mi súplica confiada
para poder abrirme a tu torrente, Señor.

a presentarsele como una tentación que amenazaba con hacerle perder la paz; por eso ella hablaba de “rogar y hacer suavemente lo que esté de mi parte, como me enseña mi Señor”.

En los años de gobierno -su vida activa en el Instituto-, como en los años de su total marginación en Roma, lo único importante para Rafaela María fue “el interés que al Divino Corazón devoraba de la salvación” ... de las “almas” o de los “hombres” . “Acrecentemos el celo por las almas, pero no por ocho o por diez, sino por millones de millones...”, escribía a la comunidad de Córdoba en un lejano 1884 (*Cartas, 121*). Años después, a pesar de circunstancias dolorosas que podían haberla encerrado en sí misma, seguía convencida de que el corazón de una Esclava no puede limitarse, sino abrirse a las dimensiones del mundo. Seguía en juego el verdadero “interés que al Divino Corazón devoraba” por la salvación de todos:

“Menos ocuparme de mí, y muchísimo, pero muchísimo más, de los intereses de Jesús en toda su extensión. Está propicio a oírme. Si no practico este apostolado, no cumplo sus designios sobre mí... Una súplica de un corazón humilde y sencillo rinde su Corazón y nada puede negarle...”

(Apuntes Espirituales, 26, Ejercicios de 1896)

“Oraré con grandísimo empeño por la salvación de las almas. No descansaré de esta determinación”

(Apuntes Espirituales, 28, Ejercicios de 1898)

“Hemos de hacer lo que hizo Cristo: sufrir y agonizar por nuestros hermanos”

(Apuntes Espirituales, 25, 1895).

Hermanas del Instituto, niñas de los colegios, ejercitantes, familiares y conocidos, miembros de la Iglesia, “pobrecitos pecadores”, enfermos, personas en peligro... Todos son objeto de la “súplica de su corazón humilde y

no reconocer estos beneficios de Dios, y deseos muy grandes de como pueda, y si no con oraciones, hacer por que lo conozcan y lo amen. De seguro que de esta meditación sacó san Francisco Javier fortaleza para trabajar lo que trabajó por dar a conocer la gloria de Dios”

“Reino de Cristo...“No sólo me entregué incondicionalmente a la gloria del Sagrado Corazón de Jesús, sino que propuse y le prometí darle cuanta mayor gloria pudiera, aunque me costase la honra y la vida, con su santísima gracia. Salí muy animosa y alegre de poder hacer algo por mi Capitán Jesús, sobre todo ponerlo a la adoración de los pueblos...”

(Apuntes Espirituales, 10, Ejercicios de 1890).

“Debo trabajar con celo discreto y constante para atraer a todos a que conozcan a Cristo y le sirvan. Aun más: con oraciones.”

(Apuntes Espirituales, 18, Ejercicios de 1892).

“Trabajar mucho por Él ahora, que después hay tiempo largo de gozar”, escribía en 1890 *(Apuntes Espirituales, 10)*. Hasta 1892, su interés apostólico la había empujado a la acción, a impulsar y trabajar directamente en las variadas obras del Instituto. Era el “celo discreto y constante” al que alude en los apuntes de Ejercicios de 1892. Aun entonces, iniciada su época romana –que probablemente, en principio, ni imaginaba ella como definitiva– hacía el propósito de “trabajar” y “orar”. Jamás pensó en un trabajo personal autosuficiente, desligado de la oración. Los años de inacción aparente la convencieron más y más del valor de la oración, sin que esto supusiera menor aprecio u olvido de la acción apostólica; al contrario, el deseo de trabajar en las actividades propias de la misión del Instituto la acompañó siempre. “Sentir en mí ansias por trabajar por la gloria de Dios, esto no está en mi mano borrarlo de mi alma, porque Dios nuestro Señor es el que me escogió para esta clase de vida...” *(Cartas, 482, 1900.)* El deseo de trabajar había llegado

Adorar

es bucear en el mar sin fondo del amor de Cristo que se ofrece en la Eucaristía.

Es hacerse Eucaristía: amar, servir...

Amar hasta el extremo, hasta entregar la vida como Cristo.

La Presencia del Señor en la Eucaristía fue para Rafaela María el eje alrededor del cual giró su existencia. Puede decirse que toda su vida fue un bucear en el “mar sin fondo” de ese amor de Cristo -verdadero “Dios-con-nosotros”-

En este tema, determinadas palabras y expresiones contenidas en los apuntes espirituales de la Santa muestran la inevitable influencia de la espiritualidad de su tiempo, centrada preferentemente en la Presencia permanente en las especies sacramentales. Pero el contexto de esos apuntes apunta a una vivencia profunda del misterio eucarístico en toda su plenitud.

Repasando los datos biográficos, se llega a la conclusión de que, para Rafaela María, la Eucaristía fue el ámbito natural de su relación con Dios. En unos Ejercicios Espirituales escribió, como propósito, todo un proyecto personal: “Modelar mi vida a la suya mortal -la de Cristo, naturalmente- o a la que tiene en el Santísimo Sacramento ... Menos ocuparme de mí, y muchísimo, pero muchísimo más, de los intereses de Jesús en toda su extensión... Sólo en Jesús, por Jesús y para Jesús, toda mi vida y todo mi corazón, y para siempre...” Y realmente la Eucaristía llenó por entero su vida: orientó su mirada y le comunicó la fuerza para una respuesta constantemente fiel. La Presencia de Cristo, amada y contemplada, iluminó los ojos de su corazón, y sus ojos iluminados encontraron Presencia en todas las realidades de este mundo.

Desde su primera juventud había unido el gozo del encuentro íntimo con Dios a las exigencias de entrega a los demás. Aun antes de la fundación del Instituto, cuando en Pedro Abad vivía, junto a su hermana, una etapa que podríamos denominar “tiempo de servir”, después de participar cada día en la Misa parroquial, hacía una ronda por los “márgenes”: visitaba y ayudaba a los pobres y enfermos del pueblo. Y es que la Eucaristía, memoria del “amor hasta el extremo”, predisponía en ella la actitud vigilante, mantenía abiertos sus

Le apasionaba la “salvación de las almas”. Esta expresión, diríamos “técnica”, de su época –y aun de mucho después-, aparece repetidas veces en los escritos de Rafaela María para referirse a la vocación apostólica. Pero ella no siempre habla de “almas”; con frecuencia se refiere también a los “hombres y a los “pueblos”, a los cuales quiere acompañar hasta el encuentro con Cristo. Y es que sentía muy hondamente la extraordinaria dignidad de la persona humana, de la que se sentía solidaria. Había tenido en cierta ocasión una experiencia extraordinaria que la llenó de admiración y agradecimiento: “Sentí una gratitud tal hacia Dios de la dignidad que ha concedido al hombre, que se me arrancaba el alma” (*Apuntes Espirituales*, 6). Aquel día de 1888 iba a influir decisivamente en su proceso espiritual, iba a marcar definitivamente su modo de mirar a las personas: en ellas está la imagen indeleble de Dios, una imagen que no se borra ni siquiera con el pecado.

“Ver la imagen de Dios en todas las personas que trate” (*Apuntes Espirituales*, 14, *Ejercicios de 1891*).

“Respetar a todos como imágenes de Dios, pues en realidad lo son” (*Apuntes Espirituales*, 32)

Su pasión por la humanidad es siempre el deseo de colaborar en la reconstrucción de la imagen de Dios, empañada -nunca definitivamente perdida- por el pecado:

“...Y como lo que Dios hace hecho queda, porque es inmutable, y el hombre fue hecho a su imagen y semejanza, y por lo mismo tan perfecto, y las ofensas eran hechas a su Eterno Padre, la caridad de la Segunda Persona, el Hijo, tenía que reparar esta hechura de Dios, y conoció que esto no podía ser más que haciéndose semejante al ofensor, y por esto descendió a tomar nuestra naturaleza. Saqué mucha compasión de los infieles y herejes que se ciegan en

El “amor verdadero a Jesús Sacramentado” y el interés de su Corazón por la “salvación de las almas”, ocuparon desde su primera juventud el corazón de Rafaela María. Dentro del Instituto, y en lógica consonancia con la misión del mismo, Rafaela María tuvo en su vida una única pasión: adorar a Cristo y amar a Cristo y a todos los que Él ha amado; amar hasta el extremo, ocuparse y preocuparse por la salvación de los hijos de Dios.

Las expresiones con que alude a este tema son abundantes y expresivas, tanto en los *Apuntes Espirituales* como en las *Cartas*.

Rafaela María fue una persona amable, cariñosa, atenta al bien de todos. Podemos decir que le preocupaba no sólo la salvación eterna, sino también el “bienestar” de los demás. En cierta ocasión recomendaba a una religiosa que hiciera lo posible para que, a su lado, “todos pasaran la vida feliz”; porque a ella le interesaba la felicidad, como anticipo de la bienaventuranza, incluso en el tiempo limitado, pequeño, de la vida humana en la tierra. Confiaba en el amor de Dios, y sabía que Él quiere que vivamos gozosamente. Este convencimiento la acompañó siempre y en las horas de adoración de la Eucaristía encontró un momento privilegiado para renovarlo.

La pasión por Cristo y por los que Él ha amado hasta dar la vida, la llevó a una oración de intercesión constante: todo cabía en sus intereses apostólicos. Como superiora del Instituto intentó dar respuesta a las necesidades de las personas que compartían su vocación, a las familias, a los conocidos... A una religiosa muy joven que comenzaba a trabajar en el colegio, le recordaba que debía mirar a las niñas “como se mira una cosa de mucho precio”; que se interesara mucho por ellas y que, por supuesto, rezara; que las tuviera muy presentes cuando ella misma se acercara al Señor en su cita diaria. Era la expresión de un interés y una oración eminentemente apostólicos.

ojos y su corazón hacia aquellos que Cristo ha amado con preferencia. La celebración eucarística venía también preparada por una asimilación constante de la palabra de Dios; la participación en la “mesa del Pan y la Palabra” la orientó desde el principio hacia la comunión y el compromiso en favor de los más necesitados. Años después, superiora general de las Esclavas, emprendería obras y establecería comunidades en distintos puntos, siempre con el fuego interior de un carisma que la introducía a diario en el “misterio de la fe” y la empujaba a prodigarse en el anuncio evangélico y la entrega a todos. Nunca estableció divisiones entre la celebración sacramental y las exigencias vitales de la Eucaristía.

“Esto es mi cuerpo que se entrega...” Estoy entre vosotros como el que sirve...” “Haced esto en memoria mía”... Los relatos de la última Cena, algunos pasajes sobre todo, golpearon siempre la memoria cordial de Rafaela María; los *Apuntes Espirituales*, en bastantes de sus párrafos, manifiestan la importancia que las palabras y los gestos eucarísticos de Jesús tuvieron en su vida. En 1895, escribe en un día de Ejercicios: “Dijo el Señor en el sermón de la Cena que nos amásemos como Él nos amó. En la ley de Moisés había dicho que amásemos al prójimo como a nosotros mismos; aún más perfecto es este amor: hasta dar la vida por él, como Él la dio... Y hemos de hacer lo que hizo Cristo: sufrir y agonizar por nuestros hermanos...” Amar hasta dar la vida, amar hasta el extremo. Y no fueron simplemente palabras.

“El cristiano que participa en la Eucaristía aprende de ella a hacerse promotor de comunión, de paz, de solidaridad en todas las circunstancias de la vida” decía el Papa Juan Pablo II (*Mane nobiscum*, 27) “Estoy dispuesta a dar la vida por la paz”, diría Rafaela María en momentos confusos de la historia del Instituto “Donde no hay unión, no está Dios”, afirmaríala rotundamente por el mismo tiempo. “Que todas seamos un solo corazón y una sola alma”: era su deseo ardiente, una súplica apasionada. Su lucha por conciliar y

pacificar ánimos turbados era la toma de conciencia de una persona que quiso, ante todo, contribuir a la construcción del “cuerpo de Cristo”: la Iglesia, el Instituto, la comunidad.

En coherencia con su comprensión profunda del misterio eucarístico, Rafaela María llegaría a convertirse en auténtica maestra en la misión de reconciliación, aunque empleó pocas veces ese término; se refirió en cambio al asunto con otras muchas palabras: Conciliar, comprender, confiar... Olvidar ofensas y perdonar. Perdonar siempre. Creer que todavía es posible lo imposible. Estar siempre dispuesta a volver a empezar. Conjugó a la perfección todos esos verbos, pero sobre todo se especializó en la tarea de llevarlos a la práctica.

“Esto es mi cuerpo que se entrega... Éste es el cáliz de mi sangre derramada por vosotros y por todos...” “Haced esto en memoria mía”. Rafaela María vivió literalmente de estas palabras misteriosamente eficaces. Vivió de la Eucaristía, que hace poderosa en nosotros la muerte del Señor Jesús y nos capacita para amar hasta el final, para ser personas de “misericordia entrañable”. En la celebración diaria, -sobre todo en la comunión- y en las horas de adoración silenciosa, el “Cuerpo que se entrega”, la “Sangre derramada” le comunicaron la fuerza y la constancia necesaria para empeñar su vida.

Un número de la legislación actual de las Esclavas recoge otra exigencia de la Eucaristía —el anuncio evangélico de la resurrección- vivida intensamente por Rafaela María: “Porque hemos reconocido al Señor en la Fracción del Pan, nos sentimos enviadas por Él a todo hombre, y trabajamos para que el anuncio de la resurrección alcance a todas las situaciones humanas” (*Aplicación de las Constituciones*, 2). Rafaela María no conoció la literalidad de ese número, pero sin duda lo vivió mejor que cualquiera de nosotras. Hubiera querido anunciar a Cristo hasta los confines de la tierra, ser misionera en el sentido más estricto del término -“dispuesta a traspasar los mares lejanos...”-, pero lo fue en el sentido más

Adorar

**es dejar latir el propio
corazón
al compás del Corazón de
Cristo.**

**Es sentirse, con Cristo,
Corazón del mundo:
latir por todos, interceder
por todos.**

profundo. Las circunstancias no le permitieron “atravesar los mares”, pero ella encontró la forma de no permanecer inactiva: “Cuando me viese sin acción física para extender mi celo, como deseos tengo, me contentaría con rogar y hacer suavemente lo que esté de mi parte, como me enseña mi Señor”. “Como pueda, y si no con oraciones”. Sus palabras calladas y el silencio de su vida fueron siempre un anuncio de resurrección. En todo lugar y circunstancia quiso “poner a Cristo a la adoración de los pueblos”, “hacer porque todos le conozcan y le amen” y sientan y crean en la salvación que viene de sólo Él.

Una experiencia religiosa fundamental –la del “Dios inmenso” “incomprensiblemente cercano”- brindó a Rafaela María la suerte de vivir el gozo de una confianza y una paz sin límites. La búsqueda apasionada y el encuentro con Dios en todas las cosas la volvió, día tras día, al origen de todo, a su verdadero centro: Cristo, misteriosamente “palpable” en la Eucaristía. En medio de cualquiera de las comunidades nacidas al calor de su carisma eclesial, el Señor fue “Aquél que nos alegra, aunque tan encubierto, en la Santísima Hostia, en la santa Misa” (*Cartas*, 427). Estas palabras de Rafaela María apuntan a un futuro escatológico en que, sin velos ni “encubrimientos”, el gozo de la adoración se consumaría en bienaventuranza definitiva pensando en ésta, decía la Santa que “le daban ganas de cantar” (*Cartas*, 563).

Referencias a este tema en diversos escritos

Apuntes Espirituales

Números 10 (“Reino de Cristo”, “Del amor de Dios”),
18 (págs. 1072-73),
21, 25 (págs. 1096),
26 (págs. 1100-1101)

Cartas

Números 90, 121, 226, 386, 683

Textos bíblicos

Mt 26, 26-29; Mc 14, 22-25; Lc 22, 14.27; Jn 6, 35-40; 1Cor 11, 23-34

Oramos con Santa Rafaela María

“Esto es mi cuerpo... Haced esto en memoria mía”
Como tantas veces en mi vida,
he escuchado en la Eucaristía estas palabras,
palabras que me hablan de tu amor hasta la muerte
y que yo escucho a veces vencido por la rutina.
Hoy quiero acogerlas como Rafaela María.

Dame, Señor, ojos nuevos
para verte y mirarte “como el que sirve”,
arrodillado a los pies de todos, lavando y curando heridas.
Y hazme valiente para imitar tus gestos:
lavar, curar, acariciar...
ceder el primer puesto, renunciar a ambiciones,
suavizar convivencias, posibilitar la alegría.
Así lo hizo ella, Rafaela María.

“Esto es mi cuerpo... Haced esto en memoria mía”
Dame, Señor, constancia y humildad
para hacer en mi ambiente la unidad de tu cuerpo,
para reconstruir una y otra vez
la ilusión de una fraternidad abierta y comprometida, alentando
esperanzas, suscitando utopías.
Hago memoria de tu Sangre preciosa, derramada por muchos...
Me anima también el recuerdo de Rafaela María,
dispuesta siempre a dar la vida por la unión y la paz.

Modelar mi vida, Señor, a tu vida
-tu vida en el tiempo, nuestro pequeño tiempo;
tu vida entregada en la Eucaristía-
abre mi corazón a dimensiones nuevas:
los intereses de tu Corazón que abraza a todos los hombres.

Como Rafaela María, en espíritu y en verdad,
quiero adorar tu Presencia de Resucitado :
presencia de siervo y Señor, de Dios y de amigo.

Oramos con Santa Rafaela María

Ante Ti, Señor, renuevo el convencimiento
de ser tuya, sólo tuya.
Desde el seno de mi madre,
tu amor y tu bondad me conducen,
me llevan en volandas por el camino que señala tu voluntad.

Ante Ti, Señor, inclino mi cabeza:
Yo, tu pequeña esclava, te digo:
eres, en verdad, mi Señor,
que se cumpla en mí tu voluntad
aunque me cueste la vida.

Me pides una filial y absoluta confianza,
la certeza de que tus caminos son misericordia,
aunque a veces parezcan peñascales.
Me abandono enteramente al amor,
tu amor que me ha precedido siempre:
al traerme a la existencia, al colmarme de beneficios,
al esperar mi respuesta, una y otra vez, sin cansarse,
al confiarme una misión superior a mi capacidad
que tú haces posible con tu gracia.

Que haga yo tu voluntad en favor de todos mis hermanos;
que lo haga derrochando, a imitación tuya,
misericordia y paciencia, alegría y confianza.

Líbrame, Señor, de la esclavitud
de cualquier otra voluntad que me aparte de la tuya.
Me fío de tu palabra y siento que soy libre y dichosa
con la libertad gozosa de tus hijos.
Como María Virgen, como Rafaela María.

se interponga a esta independencia santa de los verdaderos hijos de Dios...” (*Apuntes Espirituales*, 35).

El recuerdo del “Fiat” de la Virgen es, por supuesto, una referencia constante.

El tema de la voluntad de Dios está también presente en las *Cartas*. Una de ellas, sumamente expresiva, es la que, al salir de Madrid camino de su destierro romano, escribe a la M. María del Carmen Aranda: “No voy de mi voluntad, soy mandada, y muy contenta por cumplir la santísima voluntad de Dios” (*Cartas*, 364)

Textos referentes a este tema

Apuntes Espirituales

Números 2, 5, 7, 18, 19, 20, 30, 32, 35

Cartas

10, 16, 64, 70, 118, 364, 369, 376, 380, 385

Textos bíblicos

Lc 1, 26-38; Mt 12, 31-35; Rm 12, 1-2; Filip 1, 3-6; 2, 5-11;
Heb 10, 4-10

Adorar

Es acoger el proyecto de Dios, dejarse en su manos sin límites.

Es recibir la vida que Dios nos regala, con sus altibajos, penas y alegrías.

Y responder a la vida con amor.

Un día de 1892, escribiendo una carta al P. Muruzábal, Rafaela María nos ofrecía un detalle de su estilo de oración; en concreto, de su forma de estar en la presencia del Señor en la adoración. Eran tiempos crueles: los primeros que pasaba en Roma en una especie de destierro. En la generosidad de su corazón, y después de intentar por todos los medios la solución de los conflictos, ella había llegado a convencerse de que humanamente no había salida. Era el tiempo de aceptar. Contaba al P. Muruzábal que, con frecuencia, y en especial en la adoración ante el Santísimo, inclinaba físicamente la cabeza: era su forma de implicar todo el ser en una actitud de humilde acogida al plan de Dios.

La voluntad de Dios había sido siempre el norte de todos sus caminos: buscarla, encontrarla, acogerla, seguirla... No había querido otra cosa desde la juventud. Pero en sus primeros años el proyecto del Señor la había empujado al trabajo exigido por la fundación y la expansión del Instituto; ahora, en cambio, se imponía “bajar la cabeza”, aceptar.

El tema de la voluntad de Dios es, seguramente, el que ocupa más páginas en los escritos de Rafaela María; está presente en ellos del principio al final. Ciertamente pueden apreciarse matices según las épocas, pero el argumento central es el mismo. En los *Apuntes Espirituales*, la búsqueda y la aceptación del proyecto de Dios están absolutamente relacionados con los Ejercicios de San Ignacio; el más antiguo de los que conservamos nos sitúa en 1885. Rafaela María comienza escribiendo: “Dios me creó para algo”, como si se interrogara acerca de su misión en el Instituto. En este momento es, para todas las Esclavas, la superiora indiscutida; sin embargo ella es muy consciente de sus dificultades en el gobierno –las de ese preciso momento y las que pueden venir – y se pregunta cuál es en realidad la voluntad de Dios en este asunto. En apuntes de los años 1887 y 1888, aparece repetida esta preocupación: “En muchas cosas resisto a la voluntad de Dios...” constata en 1887. Y al año siguiente, en

forma de propósito –“Oblación” al término de la tercera semana de Ejercicios-, escribe: “...No volver a resistirme, ni aun de pensamiento, a tu divina voluntad en el cargo... principal dique que detiene vuestras gracias en mi alma” . Ahora es ya la superiora general de un Instituto aprobado por el Papa: la voluntad de Dios es absolutamente clara.

En apuntes posteriores de Ejercicios, el tema de la voluntad de Dios se relaciona siempre con el de la confianza y el abandono en la Providencia, que brotan de una lectura creyente de la propia vida: “Entero abandono en las manos de Dios con confianza filial en Él. Soy suya porque me creó, y después no sólo me ha colmado de beneficios sino que me ha librado de muchísimos males, encontrando en mí siempre grande resistencia ... ¡y no lo he cansado! Docilidad a las santas inspiraciones. ¡Que Dios insista con tanta ternura en hacerme ver esta necesidad, después de lo mal que he correspondido hasta aquí!” (*Apuntes Espirituales*, 20) “Todo mi empeño debo ponerlo en abandonarme sin reserva en las manos de nuestro Señor... Esto es darle todo el corazón, como me lo pide, y la mayor prueba de amor que puedo darle y de absoluta confianza... La obra más grande que yo puedo hacer por mi Dios es ésta: el entregarme toda a su santísima voluntad sin ponerle ni el más pequeño estorbo.” (*Apuntes Espirituales*, 20).

Rafaela María relaciona también muy expresamente la actitud de aceptación de la voluntad de Dios con el “amor humilde”: “La humildad y el amor atrajeron a Jesús al seno virginal... Se formó Jesús en el seno virginal y en seguida se le presentó la misión que a la tierra le traía. Y la aceptó de corazón y se ofreció irrevocablemente a su Eterno Padre.” (*Apuntes Espirituales*, 32). Y en la cima de su ascensión espiritual, la búsqueda y el encuentro con la voluntad de Dios la conducen definitivamente a un hondo sentimiento de libertad: “Debo vivir en este mundo pendiente de la sola voluntad de Dios, y jamás esclavizada a ninguna criatura que